

El papel de los símbolos religiosos en la crisis del Golfo Pérsico

Ma. de Lourdes Sierra Kobeh*

Resumen

Después de la Guerra del Golfo, los especialistas buscaron explicar los motivos que estuvieron detrás del conflicto, así como las consecuencias que éste tuvo tanto a nivel regional como global. Uno de los aspectos menos entendidos fue el relativo al papel que jugaron los símbolos religiosos en la misma conflagración. Para hacer un análisis de la utilización del discurso religioso y del impacto que éste tuvo durante la crisis del Golfo, la autora hace algunas precisiones en torno al Islam y a su papel en la determinación de los rasgos y características principales de los países de la región.

El ensayo concluye que en la crisis del Golfo, independientemente de que Saddam Hussein haya utilizado los símbolos religiosos, es indudable que el Islam, como religión, nada tuvo que ver ni en sus orígenes ni en su ejecución. Las decisiones de Hussein estuvieron basadas en consideraciones de Estado, no en la religión. El trabajo finaliza señalando que si el lenguaje religioso ha vuelto a ganar terreno como medio de expresión política en las sociedades del Medio Oriente, ello se debe fundamentalmente a que responde a un profundo sentimiento de alineación de masas y porque representa el principal elemento popular aglutinante, aunque no el único.

A raíz de los acontecimientos suscitados en la región del Golfo proliferaron una serie de análisis buscando explicar los móviles que estuvieron detrás de ese conflicto, así como las consecuencias que éste tuvo tanto a nivel regional como global. Hubo también una serie de fenómenos mal comprendidos y, en algunas ocasiones, no tan bien explicados. Quizá uno de los aspectos del conflicto menos entendido fue el relativo al papel que jugaron los símbolos religiosos en el mismo.

* Profesora de la Coordinación de Relaciones Internacionales de la FCPYS, UNAM.

Abstract

After the Gulf War, the experts tried to explain the reasons behind the conflict, as well as the local and global consequences. One of the aspects less understood was the role that the religious symbols played in this war. To analyze the use of the religious speech and its impact on the gulf crisis, the author specifies some considerations around the Islam and its role in the determination of the main characteristics on the regional countries.

The essay concludes that the Islam did not have to do anything with the implementation and origin of the gulf crisis, even though Saddam Hussein did use the religious symbols. Hussein's decisions were based on State considerations, not on religion. Finally, the paperwork points out that, if the religious language has regained ground as a means of political expression in the Middle East, is due basically to two reasons: first, the Islam responds to a profound feeling of mass alignment, and second, because it represents the principal popular agglutinant element, but not the only one.

En efecto, el llamado del líder iraquí a una "Guerra Santa" y el apoyo —no poco considerable— que éste recibió entre amplios sectores de la opinión pública árabe y musulmana —a pesar del marcado carácter nacionalista y laico del régimen de Bagdad— volvieron a centrar nuevamente la atención en el Islam y en el papel que éste juega en los procesos políticos contemporáneos.

Para muchos analistas resulta muy complejo comprender el significado de la religión en sus dimensiones políticas, especialmente cuando representa tendencias tan divergentes y contrapuestas surgidas, aparentemente, de una misma matriz ideológica. La mayoría de los comentaristas se desconciertan al con-

templar un sistema religioso que desde el punto de vista de su doctrina considera al Estado y a la religión como una sola cosa y en el que la religión —teóricamente— rige tanto la conducta como la política. Esto ha llevado, en muchas ocasiones, a crear estereotipos e interpretaciones erróneas del Islam, los cuales, sumados a los prejuicios y las pasiones resultantes de la historia y de la cultura, no son más que el reflejo del conocimiento y de las proyecciones de "Occidente" sobre el Islam y los musulmanes.

Siglos de confrontación entre la Cristiandad y el Islam —lo cual no excluye periodos de intercambios culturales muy fructíferos— explican este fenómeno. Más tarde, la dominación colonial occidental sobre la mayor parte del mundo musulmán y toda la literatura que la justificó tendió a fomentar una imagen del Islam no sólo limitada sino distorsionada. De aquí que el Islam, en muchos aspectos ligados a la civilización occidental, y a pesar de su monoteísmo, se considere, a veces, como algo ajeno, hostil e incomprensible.

Un ejemplo de lo anterior lo podemos encontrar en los estereotipos negativos de carácter particularmente simplista que con frecuencia se utilizan para describir al Islam y a los musulmanes. Así, el musulmán es a menudo caracterizado como un fanático religioso que se preocupa muy poco por la vida humana y que es incapaz de hacer distinciones más allá de lo blanco y lo negro. O bien, como un ser irracional, fatalista y falto de curiosidad científica. Asimismo, se tiende a retratarlos como pueblos atrasados e inmutables, cuya conducta se ajusta a usos con los que no estamos familiarizados.

La verdad, por supuesto, no se apega a los estereotipos mencionados, por lo que resulta muy poco objetivo hacer generalizaciones. Ser un musulmán no excluye ser muchas otras cosas al mismo tiempo: árabe, turco, soviético o chino; comunista o monárquico; blanco o negro, fatalista u optimista; racional o irracional. Además, es difícil determinar qué actitudes y costumbres provienen del Islam mismo o cuáles son resultado de la historia o de la propia condición humana.

Es por ello que antes de intentar hacer un análisis de la utilización del discurso religioso y del impacto que éste tuvo durante la Crisis del Golfo, haremos algunas precisiones en torno al Islam y a su papel en la determinación de los rasgos y características principales de los países de la región.

I

La principal dificultad que enfrentamos al referirnos al Islam radica en el hecho de que se trata de un concepto cuyo contenido es muy diverso. De esta manera, el Islam puede ser visto no solamente como una religión con su sistema de creencias y formas de culto, sino también, entre otras cosas, como una forma de vida y una cultura; también puede ser visto como un sistema de poder o doctrina política o como una forma de organización social que no reconoce fronteras entre lo religioso y lo político.

Tal vez más que en otras religiones, el Islam ha permeado la forma de vida del creyente no sólo en lo que respecta a sus relaciones con Dios, sino en todas las esferas de su vida tanto en su aspecto material como espiritual. Proclama una fe y establece ritos, prescribe también un orden social a los individuos en las esferas del Derecho, la política, las relaciones familiares, asuntos de negocios, indumentaria, comida e higiene personal, entre otras muchas cosas. Cumple, asimismo, una función integradora al inculcar a los creyentes un sentido de hermandad, el cual supera los lazos de parentesco y las barreras raciales.¹

Dos circunstancias favorecen esta gran penetración social del Islam: su rápido y pronto triunfo político y la idea de que la revelación divina recibida por Mahoma es completa y final. A diferencia del cristianismo que nació dentro de un imperio que luego entró en decadencia, el Islam nació en los confines de dos grandes imperios —el Sasánida o Persa y el Bizantino— uno, al que dominó rápidamente, y otro, al que finalmente conquistó. La doctrina cristiana que expresa la recomendación de "Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", es ajena al Islam. Esto obedece al hecho de que el Islam, por su misma naturaleza, es una fe activa que se compromete con el mundo.²

Desde el punto de vista etimológico, la palabra Islam se deriva del verbo *aslama* que significa "sumisión" o "aceptación" a la voluntad de Dios, que se ha revelado al hombre a través de su palabra: el Corán. Un musulmán, por tanto, es aquel que se somete a Dios. Pero esta sumisión no significa pasividad.

¹ Ma. de Lourdes Sierra Kobeh, *Islam. Sociedad y política*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Colección Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas, núm. 21, 1986.

² Cfr. Ernest Gellner, *La sociedad musulmana*, México, FCE, Sección de Obras de Sociología, 1986.

Por el contrario, la sumisión al deseo de Dios requiere actuar en los asuntos mundanos, defender la fe y extender las fronteras del Islam.

Mahoma, a diferencia de otros fundadores de religiones, no fue solamente el fundador de una religión, el Islam, sino también el creador de una comunidad político-religiosa (la Umma), que sería la base —años más tarde— primero, de un imperio universal y, después, de varios otros que se identificaron estrechamente con la fe y que encontraron en ella su legitimación.

Como profeta, líder político, juez, comandante militar y árbitro social de sus seguidores, Mahoma fue la cabeza de tal comunidad mientras vivió. A su muerte, sus seguidores extenderían las fronteras del Islam fuera de los confines de la península arábiga, aglutinando a un gran número de pueblos de diferente origen étnico, lingüístico y religioso que al paso del tiempo y a través del proceso de arabización e islamización habrían de aglutinarse bajo una ideología, una cultura y un modo de vida hasta cierto punto comunes.³

En cada país conquistado por los árabes la mayoría de la población adoptó la religión musulmana. Algunos, sin embargo, siguieron manteniendo su antigua religión en virtud de la tolerancia mantenida por los conquistadores árabes hacia las comunidades cristianas y judías, las cuales eran consideradas como poseedoras de la revelación divina.

Los cismas y las divisiones aparecieron en el Islam muy poco después de la muerte de Mahoma. La primera división dentro del Islam tuvo lugar entre el cuerpo principal de la comunidad de los musulmanes —los sunnitas— y aquellos otros que llegaron a ser conocidos como chiitas o partidarios del Ali, el yerno del profeta. Esta lucha por el poder político habría de convertirse en una división más amplia a lo largo de los siglos. Actualmente el chiísmo es la religión de Estado de Irán y tiene muchos seguidores en Iraq y en el Líbano, donde los chiítas son más numerosos que los sunnitas.

Si bien el proceso de arabización alcanzaría una influencia decisiva como consecuencia de las conquistas árabes, el proceso de islamización fue mucho más duradero y extenso. El Islam se extendió más allá del mundo árabe hacia Irán, Turquía, África

Negra, China, la India, el sudeste asiático y la URSS. No obstante, el lazo entre el Islam y el arabismo permaneció. El Islam surgió entre las tribus y pueblos de la península arábiga y fue propagado por los ejércitos árabes. Además el Corán, la palabra de Dios, está escrito en árabe y las principales ciudades santas del Islam, la Meca y Medina, están en la península arábiga.

Del monoteísmo sencillo y austero que Mahoma había predicado a una pequeña comunidad en la península arábiga, el Islam evolucionó hasta convertirse en una civilización original: rica y emprendedora en el campo económico, brillante en su vida intelectual y artística, fuertemente cimentada en el campo legal, político y militar, y con una extraordinaria diversidad de ideas, sectas y prácticas religiosas.

En el centro de este universo particular, se hallaba la religión políticamente dominante, el Islam. Todos los Estados musulmanes, pese a sus diferencias culturales y hostilidades políticas, formaban lo que podemos considerar como un bloque ideológico-político, el *Dar al-Islam* o la *Casa del Islam*. La unidad no residía en la lengua hablada ni en el origen étnico, que en esa época se consideraban factores sin importancia política, sino en la religión.⁴

El Islam, sin embargo, fracasó en su intento de mantener un Estado unificado. La unidad política efectiva de las primeras épocas del Islam se desintegró en menos de dos siglos dando paso a un sinnúmero de dinastías y sectas que casi estrangulan la unidad política y teológica del Umma, pero no su unidad espiritual. Más tarde, las Cruzadas —consideradas por los musulmanes como una agresión sin ninguna provocación— y, después, la subordinación política y económica del mundo musulmán a las potencias europeas, durante los siglos XIX y XX, representaron un atentado directo contra el Islam.

La experiencia colonial impuso por la fuerza un gobierno extranjero y nuevos patrones de legitimidad política. Destruyó o manipuló las antiguas élites y construyó nuevas, más compatibles con sus intereses imperiales. Exacerbó las tendencias separatistas entre las minorías étnicas y religiosas y construyó nuevas entidades políticas, sin un claro sentido de cohesión interna.⁵

⁴ Maxime Rodinson, *Los árabes*, México, Siglo XXI, 1981.

⁵ Cfr. H. Gibb y H. Bowen, *Islamic society and the west. A study of the impact of western civilization on Moslem culture in the Near East*, Londres, Oxford University Press, 1960.

³ Cfr. Claude Cahen, *El Islam. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano*, México, Siglo XXI, 1968.

El Islam, sin embargo, trascendió las fronteras establecidas. El apego de los musulmanes a una fe común y el sentimiento de las masas de pertenecer a una comunidad musulmana permitió su afirmación más allá de las estructuras estatales, promoviendo un fuerte sentido de unión y solidaridad.

Pese a ello, el Islam no puede definirse como un mundo monolítico. No existe un mundo musulmán único. Por el contrario, existen Estados con soberanía propia, algunos de los cuales son menos islámicos que otros. Muchos de ellos difieren en su composición social y económica. Existen grandes diferencias en riqueza, patrones sociales, estructuras comunitarias e historia, así como divisiones sectarias y de clase; además de las opciones políticas e ideológicas propias de cada uno de sus componentes.

Surgidos del proceso de descolonización en la década de los cincuenta, luego de más de un siglo de dominación europea, los pueblos musulmanes se han visto obligados no solamente a adaptarse a una serie de valores e instituciones que les han sido impuestos desde afuera, sino también a reasumir la autonomía que les fuera expropiada. Dando expresión a grupos y clases sociales cuyos miembros buscan la concreción de sus expectativas a través de reivindicaciones y de proyectos de sociedad de naturaleza muy diversa.

II

La utilización de los símbolos religiosos, en tierras del Islam, no es un fenómeno nuevo. Este se ha manifestado con mayor o menor intensidad y de diversas formas en casi todos los países y sociedades musulmanas, siendo un elemento activo tanto de política interna como externa; de la guerra y la diplomacia. Se trata de un fenómeno recurrente que responde, en muchas ocasiones, a situaciones de crisis y que cumple un papel fundamental como elemento tanto legitimador como deslegitimador.

Durante la conquista musulmana, los teóricos de la época consideraban que la tierra estaba dividida entre *Dar al Islam* (la Casa del Islam) y *Dar al Harb* (la Casa de la Guerra), lo cual implicaba la obligación de todo musulmán de defender y extender los dominios del Islam al conjunto del mundo no musulmán. Ello, a través de la persuasión, o bien mediante la guerra.

Si bien en el Islam no existe un equivalente exacto al concepto de una "guerra justa", existe, sin embargo, una noción igualmente compleja: la *Jihad*. Este término se ha hecho cada vez más familiar, pero su significado es más amplio que el de una "guerra santa".

Desde el punto de vista etimológico, la palabra *Jihad* significa "esfuerzo" e indica el esfuerzo orientado hacia un fin determinado o el esfuerzo de uno mismo para buscar la perfección moral y religiosa. Sobre el plano social y político ésta consiste principalmente en la acción armada y es, de acuerdo a la doctrina clásica islámica, la única forma de guerra concebible en el Islam. Ello en virtud de que teóricamente el Islam debe constituir una comunidad organizada bajo una autoridad única. De ahí de que toda lucha entre musulmanes esté prohibida.*

Por otra parte, la *Jihad* no es un fin en sí mismo, sino un medio que, en esencia, es un mal pero que se hace legítimo y necesario en razón del principio que se pretende buscar: salvar al mundo de un mal mayor. Es una obligación religiosa, ya que está prescrita por Dios y su profeta y, además, ofrece grandes recompensas en el paraíso. Es, asimismo, una obligación colectiva. Se impone a la comunidad como un todo y tiene, también, un carácter tanto ofensivo como defensivo.⁶

Si bien durante la conquista musulmana los teóricos de la época dieron mayor énfasis a los versos militaristas del Corán, en los siglos siguientes y en la medida en que los musulmanes consolidaron un imperio multinacional, el lenguaje militarista de la *Jihad* disminuyó.

No fue sino a partir de la época moderna, cuando los territorios musulmanes fueron cayendo uno a uno bajo el control o la influencia occidental. Uno de los primeros en hacerlo fue Jamal al-Din al Afghani, quien hizo suya la utilización táctica del Islam para contrarrestar las políticas expansionistas de las potencias occidentales, sobre todo después de la ocupación de Túnez por Francia (1881) y de Egipto por Gran Bretaña (1882). Las ideas de Al Afghani se ex-

* La ruptura de la unidad islámica y el advenimiento, a partir de mediados del siglo VIII, de entidades políticas autónomas cada vez más numerosas, llevó a los teóricos musulmanes a manejar el concepto de la *Jihad* con infinita prudencia, por lo que las guerras entre musulmanes no fueron integradas a la noción estricta del *Jihad*.

⁶ A. K. S. Lamton y Bernard Lewis (eds.), *The Cambridge History of Islam*, 1971.

tendieron por todo el mundo musulmán encontrando numerosos adeptos, quienes radicalizarían su pensamiento hasta convertirlo en un verdadero instrumento de combate contra el imperialismo.⁷

Los gobernantes otomanos, por su parte, explotarán esta tendencia para legitimarse en el poder. El sultán Abdul Hamid II (1897-1908) lo utilizará como un instrumento de política exterior dirigido principalmente en su lucha contra la influencia británica en el mundo árabe y en la India.

El recurso al Islam como instrumento de lucha política se hizo más apremiante y adquirió un significado nuevo durante las luchas de independencia y la creación del Estado de Israel, proporcionando los símbolos y los centros necesarios para la organización y comunicación políticas. Fue usado, asimismo, para justificar varias guerras regionales, no solamente contra los extranjeros sino también contra los mismos musulmanes.

Muchos Estados, líderes, partidos y movimientos políticos en el mundo musulmán y en el mundo árabe en particular, han buscado su legitimación en la ética musulmana. Inclusive pensadores, reformadores y algunos regímenes que se han proclamado oficialmente como "socialistas", han abogado por el criterio de que el socialismo no está absolutamente en contradicción con el Islam.

Un ejemplo de lo anterior lo podemos encontrar en la ideología del coronel Gaddafi, quien en su *Libro Verde* postula un cierto de socialismo árabe que toma como marco de referencia al Islam. Aun el mismo partido Baas, cuya ideología se remite a un nacionalismo de corte secular, no ha podido ignorar el papel de éste en la historia del mundo árabe. Asignándole, sin embargo, un papel como base de su cultura, más no como fundamento de su proyecto social y político.

El Islam ha sido usado también por algunos regímenes "conservadores". Arabia Saudita, cuna de los lugares santos del Islam, lo utilizó en contra de Nasser y de los regímenes Baasistas en las décadas de los cincuenta y los sesenta. Representa, además, un instrumento muy útil para todos aquellos que buscan el poder. Cualquier individuo o cualquier grupo puede autodenominarse islámico o decir que actúa en nombre del Islam. Si realmente éste representa los principios de la fe es otro asunto.

Así, la Libia de Gaddafi se ha proclamado como un Estado islámico, pero los líderes religiosos sauditas lo han acusado de herejía. El Irán de Jomeini intentó ser el árbitro de los valores islámicos, pero Sadat y las monarquías del Golfo lo denunciaron como un apóstol del odio que traicionaba el espíritu de la justicia islámica. Irán e Iraq son países musulmanes pero estuvieron en guerra; y los curdos, quienes también son musulmanes, se levantan periódicamente contra Iraq e Irán, y aun contra la misma Turquía, porque buscan un Estado propio.

Debido a que el Islam abarca todos los aspectos de la vida, es natural, por otra parte, que en épocas de crisis las banderas de la fe sean levantadas para manifestar cierto malestar económico, social o político. El Islam, en su doctrina, ha sido y sigue siendo un defensor de los oprimidos y los desheredados y cualquiera puede recurrir a él para expresar, en su nombre, su descontento u oposición a medidas arbitrarias de sus gobernantes, inclusive mediante la violencia física.

En este sentido —como diría Fouad Ajami—⁸ el Islam ofrece una alternativa funcional en países donde la actividad política de tipo más convencional (partidos políticos, sindicatos y parlamentos) es restringida. Los partidos políticos y las agrupaciones de todo tipo pueden ser prohibidas, pero las ideas incendiarias o los llamados al cambio en el nombre del Corán no pueden ser tan fácilmente suprimidos. La fe ha incitado a los creyentes a la acción durante más de catorce siglos y es natural, por tanto, que aquellos que desean actuar, independientemente de sus verdaderos motivos, lo hagan en nombre del Islam.

Como podemos ver, entonces, el Islam ha sido y es utilizado con fines muy diversos. Este puede ser interpretado en sentido conservador o contestatario, en forma reformista o revolucionaria. En sus diversos momentos y bajo diferentes formas el Islam ha sido una fuerza ideológica que ha servido tanto para afirmar la identidad de las naciones musulmanas como para enfrentar las presiones externas. También como medio para adquirir credibilidad ante las masas y como instrumento de unificación nacional y defensa contra la oposición, especialmente de izquierda. El Islam ha funcionado también como ideología nacionalista en las diferentes formaciones nacionales y

⁷ Cfr. Bernard Lewis, *The Emergence of Modern Turkey*, Londres, Oxford University Press, 1965.

⁸ Fuad Ajami, *Los árabes en el mundo moderno. Su política y sus problemas desde 1967*, México, FCE, 1983.

como ideología universalista en todo el mundo musulmán.⁹

Tal diversidad de expresiones dentro de la comunidad islámica no impide, sin embargo, que todas estas corrientes y proyectos de sociedad compartan entre sí un rechazo a la presencia extranjera y sean claras en la necesidad de tener una autonomía básica respecto de Occidente. Este principio autonomista encuentra sus raíces en el profundo desencanto que los países musulmanes han tenido con respecto a las políticas occidentales, así como en la creciente decepción con los procesos de modernización y desarrollo, lo que permite al discurso religioso convocar a grandes sectores de la sociedad.

III

El llamado de Saddam Hussein a una "guerra santa" y la utilización de los símbolos religiosos para justificar el carácter sagrado de su lucha, podría parecer sorprendente, a primera vista, dado el carácter laico y estrictamente panárabe del partido que lo llevó al poder, el Baas. En efecto, fue precisamente este partido el que por primera vez intentó separar, en el mundo árabe, al Islam del arabismo dándole a este último un contenido nuevo. Lo que llevaría a Arabia Saudita y a muchos grupos fundamentalistas del mundo árabe, durante las décadas de los cincuenta y sesenta, a oponerse. Ello, en virtud de su carácter laico y por su dependencia de la Unión Soviética, la cual era considerada por estos sectores como una potencia atea.*

Ello no impidió, sin embargo, que el líder iraquí se sirviera del Islam para desarrollar un sistema de legitimidad política e intentar movilizar a las masas con fines muy seculares. Como tampoco evitó que los que se le opusieran echaran mano al recurso de legitimidad islámica, para neutralizar los efectos contestatarios de su llamado.

Así, en la crisis reciente, observamos una creciente

⁹ Cfr. Ma. de Lourdes Sierra Kobeh, *Islam. Sociedad y política*, op. cit.

* Es importante señalar que en la visión mundial del Fundamentalismo Islámico, el enemigo principal es el nacionalismo, especialmente el nacionalismo árabe. Para el Islam fundamentalista, el nacionalismo no es más que una invención de la cultura europea. Por tanto, el único sentimiento nacional que los musulmanes deben tener es el sentimiento de solidaridad islámica.

polarización del Islam como sistema discursivo legitimador y deslegitimador a la vez. En efecto, ante el bloqueo y la condena de la comunidad internacional por su invasión y posterior anexión de Kuwait, Saddam Hussein intentó utilizar el arma de la *Jihad* no solamente contra el "Occidente impío", sino también contra sus enemigos al interior del Islam: principalmente los sauditas y los regímenes árabes que formaron parte de la coalición anti-iraquí. Ello, a través de la denuncia hecha a estos últimos por permitir la presencia de tropas extranjeras en Arabia Saudita, centro de los lugares santos del Islam, y por sus políticas pro-occidentales.

Así como el líder iraquí intentó desacreditar a estos regímenes y obtener el apoyo de los líderes religiosos y de la opinión pública árabe y musulmana para su causa, también los líderes religiosos de Arabia Saudita y de la Universidad Al Azhar de Egipto intentaron convencer a la opinión pública árabe de que la guerra contra Bagdad era lícita. Aún más, para algunos imames,** Saddam Hussein, lejos de haber lanzado la *Jihad*, dividió de hecho a los creyentes al incitarlo a la "fitna". Es decir, al fomentar una especie de guerra civil que lejos de haber beneficiado al Islam favoreció a sus enemigos.

Debido a la brutalidad de la agresión iraquí y al hecho de que la invasión de Kuwait haya constituido, en su concepto y ejecución, una clara violación de los principios y valores islámicos, pudiera parecer sorprendente, entonces, que el llamado de Saddam Hussein haya logrado conseguir una respuesta, nada despreciable, en el mundo árabe y musulmán. Esta vino no solamente de ciertos gobiernos árabes, sino también de algunos líderes religiosos, de la *intelligentsia* y de las masas. Y esto, a pesar de que la mayoría de ellos condenaron la invasión.

Resulta necesario, por lo tanto, identificar y comprender las causas que estuvieron detrás de estas manifestaciones de apoyo, ya que —contrariamente a lo que piensan algunos comentaristas de nuestro ámbito— la respuesta no podemos encontrarla en el supuesto "fanatismo musulmán", sino en una multiplicidad de factores, que si bien se expresaron en términos religiosos, no tienen un origen islámico. También es importante señalar que si bien el llamado de Saddam Hussein tuvo una respuesta considerable,

** Líderes religiosos.

ésta no fue homogénea y estuvo influenciada por consideraciones geográficas y por preocupaciones económicas y políticas locales, a veces opuestas, lo que explica que ciertos países musulmanes no se hayan involucrado directamente o respondieran de manera diferente en este conflicto.

En el apoyo que obtuvo Saddam Hussein en la Guerra del Golfo podemos encontrar dos causas fundamentales. Por una parte, en las políticas adoptadas por las potencias occidentales en la región y, por la otra, en los efectos, socialmente disruptivos, del proceso de modernización.

Una buena parte de los gobiernos, de la *intelligentsia* y de las masas del mundo árabe, siente una profunda desilusión por las políticas occidentales adoptadas en la región. Esto no es nada nuevo, sino que forma parte de un patrón histórico que se inicia desde la época de las Cruzadas y que se consolida con la experiencia colonial. Este resentimiento histórico con respecto a Occidente se hace aún más pesado por el problema político que ha representado la cuestión palestina y el conflicto árabe-israelí.

El papel jugado por las potencias occidentales en la creación del Estado de Israel y el desplazamiento de cientos de palestinos sin que el Occidente haya reaccionado de manera efectiva para evitarlo, ha hecho más difícil esta relación con Occidente, la cual sigue estando marcada por una desconfianza mutua. Además, los cambios operados a nivel internacional y las concesiones unilaterales hechos por la OLP a fines de 1988 no trajeron, como se esperaba, un progreso tangible hacia la paz. Por el contrario, significaron la pérdida de aliados importantes, especialmente la URSS, y llevaron directamente a la emigración masiva de judíos soviéticos a Israel, dando a esta última la oportunidad y la excusa para consolidar la colonización de los territorios árabes ocupados.

Estados Unidos, por otra parte, no ha logrado vencer a una buena parte del mundo árabe de los verdaderos motivos que lo llevaron a intervenir en el Golfo. Esto se explica en gran medida por la pérdida de credibilidad moral norteamericana en virtud del apoyo dado a Israel, país que, de acuerdo a la ONU, está ocupando ilegalmente territorio árabe; así como por la práctica de la administración norteamericana, la cual no ha estado asociada, precisamente, con los principios del Derecho Internacional.* De ahí que la

guerra haya sido interpretada como una excusa por parte de Estados Unidos y las potencias occidentales para imponer su control sobre los recursos naturales de la región.

El apoyo obtenido por el líder iraquí, por otra parte, traduce no solamente los efectos de un resentimiento histórico en relación a Occidente, sino también el descontento de las masas ante los efectos disruptivos del proceso de modernización. Estos últimos han creado no solamente condiciones objetivas de pobreza y desigualdad entre amplios sectores de la sociedad sino también la tendencia entre muchos estratos sociales del mundo árabe de asociar estos fenómenos con ciertos regímenes de la región, especialmente con las monarquías del Golfo.

Estos regímenes no gozan de mucha popularidad en el Medio Oriente y han sido, desde el pasado, el blanco natural de la crítica de muchos movimientos nacionalistas así como fundamentalistas del mundo árabe. Ello, en virtud de sus políticas pro-occidentales y por haber utilizado los recursos provenientes del petróleo para modernizar a sus economías, sin que por ello se cambiaran las bases de autoridad política.

La necesidad mundial de petróleo durante 1973 y el consiguiente aumento de los precios de ese hidrocarburo durante ese mismo año, luego de la Guerra de Octubre, representó para estas monarquías, sobre todo para Arabia Saudita, la oportunidad de legitimarse en el poder, tratando de recuperar en su beneficio la oposición subyacente de las masas hacia las ideologías que propugnaban por un cambio revolucionario.¹⁰

Sin embargo, la riqueza petrolera creó expectativas económicas que nunca se realizaron plenamente. La rápida modernización acentuó las desigualdades económicas y sociales y alentó el resentimiento entre amplias capas de la población. Asimismo, el acercamiento a Estados Unidos con el fin de resolver el problema palestino fracasó, originando la fragmentación del mundo árabe.

Bajo tales circunstancias es obvio el porqué haya habido una propensión entre las masas de identificarse con fines que tengan un sentido colectivo y con políticos que se asocien creíblemente con esos fines. Saddam Hussein planteó problemas muy reales, independientemente de sus verdaderas motivaciones y de que los haya expresado a través de símbolos reli-

* Baste recordar los ejemplos de Panamá y Granada, entre otros.

¹⁰ Cfr. Fouad Ajami, *Los árabes en el mundo moderno*, op. cit.

giosos. Se dirigió a los pobres contra los ricos, a los musulmanes contra los "infieles", a los palestinos contra los sionistas, logrando unir, en un buen número de países, a nacionalistas laicos y fundamentalistas religiosos.

Muchos de los que lo apoyaron, incluyendo a los árabes del Golfo, sienten una profunda desilusión por el consistente fracaso de los regímenes árabes en ajustar sus palabras con los hechos, sobre todo en lo que respecta al problema palestino. Para muchos, la única posibilidad de llevar a Israel a la mesa de negociaciones sólo podía ser alcanzada a través de la obtención de una paridad estratégica entre este país y el mundo árabe.

La búsqueda de tal paridad y la necesidad de encontrar una solución al problema palestino, se hacía cada vez más urgente en los últimos años. Ello, en virtud de la Intifadah palestina, de la consolidación de las corrientes maximalistas en Israel —con la consecuente colonización de los territorios árabes ocupados—; así como por la sistemática negación de la autodeterminación palestina.*

Bajo tales circunstancias es posible explicarse el porqué el ataque lanzado por Saddam Hussein contra Israel haya sido visto con tanta simpatía entre muchos sectores de la opinión pública árabe. Y el porqué, en cambio, el objetivo de destruir la infraestructura tecnológica y militar de Iraq fuera visto con tanta sospecha.

Ello no significa, sin embargo, que Saddam Hussein haya sido visto como un nuevo Saladino. Menos aún, como un luchador incansable por la justicia social. Su religiosidad era poco sólida. Todo mundo sabía esto. Lo que no impidió, como hemos

visto, que un gran número de personas lo apoyaran.

Así pues, en el apoyo que obtuvo Saddam Hussein, durante la guerra del Golfo, hay muchos elementos que se entrelazan y se superponen por lo que no es posible explicarlo por el supuesto "fanatismo musulmán". Las causas, como vimos, son múltiples y complejas.

Así, en la crisis reciente, e independientemente de que Saddam Hussein haya utilizado los símbolos religiosos, es indudable que el Islam, como religión, nada tuvo que ver ni en sus orígenes ni en su ejecución.

Saddam Hussein es musulmán, pero sus decisiones estuvieron basadas en consideraciones de Estado, no en la religión. Tampoco hubo una respuesta única del mundo musulmán como tal, sino una gran diversidad de reacciones.

Por otra parte, muchos de los que lo apoyaron estuvieron motivados por un profundo descontento y desilusión por la situación socio-económica y política prevaleciente en la región y por el deseo de obtener una mejoría real del *status quo*. El hecho de que Saddam Hussein haya jugado la carta islámica, no debe llevarnos a exagerar las consecuencias de este fenómeno. Muchas de las manifestaciones populares, hay que recordarlo, tuvieron un fuerte contenido nacionalista.

En todo caso, si el lenguaje religioso ha vuelto a ganar terreno como medio de expresión política en las sociedades del Medio Oriente, ello se debe fundamentalmente a que responde a un profundo sentimiento de alineación de las masas y porque representa el principal elemento popular aglutinante, aunque no el único.

* Palestina es fundamentalmente un asunto nacional para todos los árabes. Pero debido a la santidad de la ciudad de Jerusalén, también tiene un significado religioso.